

Pascal ha sido víctima de una equivocación grave, durante casi tres siglos, y todavía son muchos los manuales oficiales que siguen repitiendo religiosamente la opinión de nuestros antepasados a su respecto. Es cierto que apenas comenzamos a conocer mejor a Pascal, sobre todo desde los valiosos trabajos de Brunschvicg, que abrieron la puerta a tantos estudios que se prosiguen con una actividad prodigiosa.

La equivocación a la que me refiero es la siguiente: nos enseñaron a ver en Pascal a varios hombres: el científico, el escritor, el polemista que escribió, cierto día, *Las Provinciales*, y al fin, el pensador, es decir un hombre que pareciera haber renegado de sus obras anteriores, un "convertido", entregado al misticismo, quien pasara los últimos años de su vida volcando en los papeles caprichosos trozos de sus meditaciones . . . La actividad polémica de Pascal, la cual limitan exclusivamente a *Las Provinciales*, aparece entonces como si fuera una mancha, digamos un pecado, en la vida de un "santo". Hay que reconocer que los relatos de sus hermanas Gilberte y Jacqueline, y también los de su sobrina Marguerite, o de Racine, han contribuído mucho a propagar y mantener esta equivocación. Por otra parte, no se puede negar la mala fe indiscutible de los enemigos de Pascal, los cuales, al no poder negar su genio, se esforzaron constantemente por apartar el autor de *Las Provinciales* del autor de los *Pensamientos*, es decir al "pecador" del "santo", olvidándose, quizás, de que el *Memorial* es seis años anterior a los *Pensamientos*. El Jesuíta Boudaloue dedica a Pascal su sermón sobre la *Maledicencia*. Voltaire, quien tanto debe a Pascal, "el loco genial", reconoce, por una parte que *Las Provinciales* contienen todos los géneros de elocuencia y pueden competir con las mejores comedias de Molière, pero, por otra, declara que su contenido es sin fundamento. Voltaire, ex-discípulo de los Jesuitas, fue a veces, un defensor inesperado de sus maestros. Sin embargo el siglo XVIII usará *Las Provinciales* contra la Compañía de Jesús, la cual tendrá que desaparecer en 1773.

Quisiera demostrar esta noche, que no sólo la actividad polémica de Pascal no se puede limitar a *Las Provinciales*, sino que es más bien el alma de su obra; pertenece a su naturaleza profunda. La polémica es Pascal mismo. Por algo ha escrito *El Arte de convencer*. Convencer, tener la razón cuando cree haber encontrado la verdad. Lo vemos polemizar con sus rivales científicos, contra los Jesuitas, contra La Sorbona, contra Port Royal, y, sobre todo, contra su peor enemigo que ha sido Blaise Pascal.

Pascal no es el santo que nos describen sus hermanas; vale más. Es un hombre, hombre excepcional por cierto, hombre genial, ¡pero un hombre! Es violento, impaciente, imperioso, con afán de vencer y convencer, consciente de su valor, de su fuerza, y siempre preocupado porque los demás lo reconozcan. Su genio no debe nada a su condición enfermiza como se ha dicho a veces. Siempre le anima la pasión conquistadora y una altivez asombrosa.

La educación que recibió ha contribuido mucho al desarrollo de su fuerte personalidad. Tenía tres años cuando murió su madre, y su padre Etienne Pascal, se encargó de la educación de sus hijos. Verdadero pedagogo, discípulo de Rabelais y de Montaigne, Etienne Pascal basa su sistema educativo en el principio de la confianza mutua; mantiene a sus hijos al día de sus trabajos y actividades, les confía responsabilidades, discute con ellos de sus inquietudes científicas. Es un hombre católico, pero muy liberal . . . Una vez, en París, los lleva a los "salones" que frecuenta: círculos de eruditos, academias científicas, como la de los hermanos Dury, en los cuales se encuentran con "libertinos", que pueden ser tanto liberales como incrédulos . . . Las conversaciones de los aficionados no son siempre de orden científico o filosófico . . . También les gusta divertirse, tomar vino y comer bien. Un día, por ejemplo, Le Pailleur, matemático, músico y poeta, gran amigo de Etienne Pascal, da lectura a un poema titulado: "Opinión de Galileo sobre el movimiento de la Tierra", poema que no es más que el elogio irónico de la ignorancia, condición sine qua non para no caer en la herejía, ¡con muchas referencias al Evangelio e invitaciones a comer y tomar! Todos los miembros de estos círculos profesan el odio al pedantismo y al dogmatismo. También Etienne Pascal y sus hijos frecuentan el salón de la Señora de Aiguillon, sobrina de Richelieu y el de la Señora de Saintot, más conocida por su vida libertina que por su santidad.

Tal es el ambiente en que se educa el joven Pascal. Toma contacto con los mejores científicos franceses y extranjeros de la época, sostiene discusiones con ellos, y no tarda en ser considerado como un niño prodigioso.

¿Cuál hubiera sido la suerte de Pascal de quedarse en este mismo ambiente de París? Es muy probable que hubiera sido distinta. Pero en 1638 se produce un acontecimiento que va a ser el punto de partida de un cambio definitivo. Al salir de Clermont, Etienne Pascal había invertido su fortuna en rentas de la Alcaldía de París. Un día, la situación financiera del Estado obliga a Richelieu a suspender el pago de las rentas. Protestan las víctimas y el Cardenal no vacila en dar orden de echarlos en la Bastilla. Etienne abandona a su familia para ir a esconderse en la Provincia. Mientras tanto, Richelieu tiene el capricho de ver una representación teatral de niños. Jacqueline Pascal tiene un papel en la comedia, y aprovecha la inesperada oportunidad para suplicar al terrible Cardenal que perdone a su padre. ¡No sólo perdona Richelieu, sino que nombra a Etienne Pascal Comisario de los Impuestos en Normandía!

Podemos juzgar el carácter altivo y también el ardor polémico de Pascal por las cartas que escribió al Canciller Seguier y a la Reina Cristina de Suecia con motivo del invento de la máquina aritmética, llamada "La Pascalina": "La Soberanía espiritual de los sabios está muy por encima de la soberanía corporal de los reyes". Además, publica un folleto explicativo en el cual muestra verdadero talento de propagandista comercial, tanto como un sentido agudo de la propiedad: "Amigo lector, a los que quieren criticar mi máquina dígales que si hubieran meditado tanto como yo sobre la materia y pasado por todos los caminos que tuve que seguir para alcanzar mis propósitos, se dieran cuenta de que una máquina más sencilla no pudiera tener las mismas condiciones y ventajas". Pone el amigo lector en guardia contra los "artesanos presuntuosos que no faltarán a fabricar malas imitaciones, productos inútiles de la ignorancia y de la temeridad de miserables obreros . . . "

La máquina consagra la gloria del inventor. Recibe elogios del Padre Merenne, de Huyghens, y los poetas del reino no faltan la oportunidad de tocar su lira! . . .

Poco se habla del incidente que se produjo con Saint Ange, o, cuando se refieren a él siempre excusan a Pascal; sin embargo esta primera disputa de carácter religioso no parece honrar mucho al joven Pascal, e ilustra bien su carácter y su temperamento. En 1674 llega a la ciudad de Rouen un ex-capuchino, el hermano Saint Ange con la esperanza de encontrar ahí algún beneficio . . . Dicta conferencias en que expone su doctrina. Doctrina bastante rara para un católico, por cierto, ya que tiende a declarar inútiles la revelación y la gracia! . . . Pascal interviene con pasión en el debate, y, con uno de sus compañeros lleva un expediente de las discusiones. Exigen del predicador imprudente que se retracte. Se niega el capuchino. Entonces Pascal se dirige a las autoridades eclesiásticas, y como no parecen ellas manifestar mucho entusiasmo en intervenir, Pascal insiste llevando el caso a los superiores jerárquicos hasta conseguir al fin la retractación pública de Saint Ange, el cual arriesgaba nada menos que la hoguera! . . . Algunos han pretendido que entonces Pascal perteneciera a la Compañía del Sacramento; esto no es cierto, pues a Pascal no le podía gustar el carácter hipócrita que lleva siempre esta clase de sociedades religiosas secretas.

No le faltan a Pascal ocasiones de derramar la bilis. Después de Saint Ange, el Padre Noel es el primer jesuita a quien Pascal encuentra en su camino. Pascal acaba de publicar sus *Experiencias sobre el vacío*. Noel, antiguo profesor de Descartes en el colegio de La Flèche, se atreve a dirigirle una carta, explicando que el "vacío aparente es en realidad lleno de aire, el cual penetra por el vidrio del tubo . . . " ¡Pobre Noel! Pascal le contesta con una carta llena de ironía feroz, digna de *Las Provinciales*. El joven científico se divierte en dar al atrevido jesuita una lección de Física y de método, y termina con esta bofetada: "Su carta enseña tanto la debilidad de la opinión que pretende defender como la de su inteligencia."

En vez de quedarse callado, el pobre jesuita tuvo la necesidad de contestar. Parecía dar la razón a Pascal, y le rogaba que no publicara la carta. Pero, al mismo tiempo y con una mala fe asombrosa, publicaba un libro titulado irónicamente: *El vacío lleno* en que volvía a contradecir y ridiculizar las experiencias de Pascal. Por lo menos le debemos la contestación de Pascal, que es una obra maestra insuperable de polémica despiadada. El pobre jesuita es literalmente despedazado, ridiculizado. No puede uno contener la risa. El lector tiene la impresión de que Pascal es un genio y su adversario el imbécil más perfecto. Sus objeciones metafísicas a la idea del vacío son tan absurdas como su propia definición de la luz: "La luz es un movimiento luminoso de rayos compuestos con cuerpos luminosos", o también su explicación de la subida del mercurio o del agua en los tubos por consecuencia de "la ligereza con que se mueve . . . "

Esta vez el Padre Noel se quedó callado. Pero, poco más tarde, otro jesuita, de Montferrand, publica una tesis en la cual se permite referencias alusivas a "certainas personas que se atribuyen las propias experiencias de Torricelli". La alusión es muy clara, y así lo entiende Pascal, quien no tarda en contestar con su pasión acostumbrada.

Vemos, pues, que Pascal no esperó a *Las Provinciales* para manifestar su aptitud para la polémica, y que no esperó tampoco una controversia teológica para entrar en conflicto con los jesuitas.

He dicho ya, hace poco, cómo el nombramiento de Etienne Pascal en la ciudad de Rouen iba a tener consecuencias decisivas en la vida de Pascal y de su familia.

El Profesor Vieillard-Baron nos ha explicado, aquí, cómo, en aquel tiempo, se produjo, en la provincia francesa, una campaña de renacimiento espiritual. Esa actividad religiosa fue particularmente notable en Normandía. Allí se verificaron conversiones entusiastas y a veces heroicas. El normando Corneille no necesitaba los ejemplos de la antigüedad para escribir su *Polyeucte*.

El abate de Saint Cyran, discípulo de Jansenius, mandaba allí sacerdotes animados por una fe invencible, cuyo ejemplo convertía a los incrédulos o animaba la fe de los cristianos débiles . . . La base de la predicación de los discípulos de Saint-Cyran era el retorno a las fuentes del cristianismo, es decir las Escrituras, las obras de los Padres de la Iglesia, y particularmente las de San Agustín. Hemos visto que la enseñanza religiosa que el humanista Etienne Pascal daba a sus hijos era exactamente la misma: lectura de las Escrituras y de los Padres. Estaban pues, dispuestos a recibir la influencia de los predicadores de Saint-Cyran, la cual no se puede llamar "Jansenista", ya que no existía un movimiento jansenista constituido, sino una corriente espiritual que emanaba de Saint-Cyran.

¿Cómo Pascal y su familia, cuya vida religiosa era bastante superficial, participaron con tanto entusiasmo en ese movimiento? Un día, Etienne Pascal tuvo un accidente que le obligó a quedarse en cama durante unas semanas. Para curarle y cuidarle llamaron a dos recién convertidos que se dedicaban a obras caritativas. Blas fue el primero influenciado, convirtiéndose, luego, a su padre y a sus hermanas a una vida religiosa más ferviente, a una piedad más interior.

¿Cuál es el origen de la polémica entre el "jansenismo" y los Jesuítas? Pues, al fin de todo, no fue más que una disputa entre dos grupos religiosos, o mejor dicho entre una secta que todo lo quería dominar a cualquier precio, los Jesuítas, otra que quería restablecer el ideal religioso según la enseñanza estricta de las Escrituras y de los Padres de la Iglesia. Hablando más claro, ¿se puede decir que la tendencia conservadora de los "jansenistas" se opuso a la demagogia de los Jesuítas! . . . Estas dos palabras no serían exactas sin una cierta aclaración: al hablar de demagogia por parte de los jesuítas me refiero a una demagogia espiritual exclusivamente destinada a la vida cristiana de los grandes y poderosos, a quienes se proponen dirigir y guiar por medio de la confesión. Ser el Confesor oficial del Rey y de la Corte es su gran ambición. Así el Confesor del Rey es un jesuita, el Padre Annat, al cual se dirigirá Pascal en sus Provinciales. La orientación de la actividad "jansenista" (así la llamaré por más comodidad) era distinta: su objeto era, sobre todo, la pequeña nobleza, nobleza de toga en particular, la burguesía y también los pobres. En Port Royal se recibe a niños pobres para educarlos. Se exige conformarse literalmente con el ideal evangélico. Cristo no ha dicho respetar a los pobres, lo que muchas veces puede significar ignorarles; ha dicho ser semejantes a ellos, lo que es muy distinto. Le costará mucho a Pascal alcanzar esta última etapa de perfección cristiana, o, por hablar como Saint Cyran, esta última "conversión". No olvidemos que Pascal es un burgués de Auvernia, y los auverneses tienen la fama de ser algo tacaños.

Para volver al "jansenismo" francés, quizás podríamos emparentarlo con la fracción de oposición política integrada por la nobleza de toga, la cual formará, en el siglo siguiente, el "Tercer Estado", mientras los jesuítas se encuentran siempre del lado de la Monarquía tradicional y de la nobleza todopoderosa.

Sin embargo, ambos tuvieron un propósito inicial común, el de luchar contra la Reforma, la cual pretende remontar a las fuentes puras del cristianismo. En pleno siglo XVI, los jesuítas adoptaron una actitud moderna, tratando de conciliar la doctrina cristiana con el humanismo. Molina reconoce el libre árbitro del hombre.

Para ayudarle, Dios le manda una gracia suficiente, la cual llegará a ser eficaz si lo quiere el hombre. Esta gracia Dios no la puede negar a nadie. Así, el hombre puede tener la seguridad de su salvación; es muy fácil asegurársela: basta con seguir los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Por cierto que no es siempre muy fácil saber distinguir lo bueno de lo malo, pero ello no puede ser un problema, hay que recurrir a la casuística, y particularmente a la casuística de los jesuitas, especialistas en la materia, que hicieron verdaderos catálogos de recetas para todos los pecados y sus circunstancias. Ya en el siglo XVI, esta actitud de facilidad había sido violentamente combatida por los Dominicos en nombre de Santo Tomás.

Por reacción contra la doctrina de los jesuitas, los "jansenistas" preconizan el retorno a la pureza de la antigüedad cristiana. Sólo valen los dogmas de la Iglesia primitiva. Hay que comprender y definir el contenido de las Escrituras y de las obras que los Padres nos han dejado. La Verdad no puede evolucionar. Ni siquiera el Papa tiene autoridad para introducir dogmas nuevos en Religión. Antes que todo hay que conformarse a la enseñanza del último y más grande Padre de la Iglesia, San Agustín.

No hay duda de que la doctrina de los "jansenistas" es tan pesimista como la de los Jesuitas es optimista. Desde el pecado de Adán el hombre está corrompido. Nuestra voluntad es incapaz de llevarnos al bien. No se puede salvar el hombre sino por la gracia, una gracia "eficaz". La idea de la gracia suficiente preconizada por Molina es inadmisible, ya que la voluntad es incapaz de aceptar la gracia.

Las dos tendencias habían provocado una violenta discusión en medio del siglo XVI, en la ciudad de Louvain, entre la Facultad de Teología que defendía la doctrina de San Agustín y el Colegio de los jesuitas.

En 1640, el libro de Jansenius, el *Augustinus*, que repetía y comentaba la tesis de la Universidad de Louvain, provocó otras controversias, primero en Louvain, y, luego en Francia, donde vivía un amigo de Jansenius, el Abate de Saint Cyran, Director espiritual del Monasterio de Port Royal. Uno de sus discípulos, Arnaud, había sostenido en La Sorbona, en 1635, una tesis sobre San Agustín, muy parecida a la del *Augustinus*. Port-Royal apareció entonces como el baluarte de la doctrina jansenista.

En 1643, Arnaud provoca directamente a los jesuitas con dos obras: *La frecuente comunión* y *La Teología moral de los Jesuitas*, que fueron aprobadas por La Sorbona.

Tales eran, rápidamente esbozadas, las circunstancias de una disputa que durará siglo y medio.

En 1649, Nicolás Cornet, síndico de la Facultad de Teología, bajo el impulso de los jesuitas, elabora una lista de cinco proposiciones, en las que pretende ver la doctrina de Jansenius, y exigiendo su condenación. Aunque hoy día los teólogos reconocen que las proposiciones referidas no se encuentran en el *Augustinus*, fueron condenadas por Roma unos años después.

Arnaud, a quien los jesuitas habían querido dañar con esa intriga teológica, reconoció, con sus amigos, que las proposiciones de Cornet eran heréticas, pero afirmó que no se encontraban en el *Augustinus*.

Los jesuitas no van a descansar por ello. Un día, un cura de la parroquia de Saint Sulpice niega la absolución al Duque de Liancourt, con el pretexto que

tiene amistades con Port-Royal. Por esta actitud se consideraba a los "solitarios" y a sus amigos como excomulgados. Arnauld protesta, pero el Padre Annat, confesor del Rey y de la Corte, le acusa de ser "calvinista".

Ya no se trata de una disputa entre teólogos; el debate ha salido a la calle, y en aquel tiempo, las cuestiones teológicas no dejaban, como hoy, indiferentes a las gentes. Ya no se trataba de convencer a un grupo de especialistas, sino de ganarse la opinión pública, y en este terreno Arnauld hubiera fracasado, pues por buen teólogo que fuera, no tenía talento de escritor capaz de conmover al público.

Pascal, de vez en cuando, iba a Port Royal a visitar a su hermana Jacqueline. Ya había llamado por sus cartas la atención al padre Noel. Arnauld y Nicole le pidieron que escribiera, proporcionándole toda la documentación teológica. Y Pascal aceptó. Del 23 de enero de 1656 al 24 de marzo de 1657, bajo el seudónimo de Pierre de Montalte, escribió las diez y ocho cartas *Provinciales*, que son, como dice Bossuet: "la primera obra maestra de nuestra prosa".

El enorme éxito de los panfletos clandestinos desencadena la rabia de los jesuitas, hasta quitarles el sueño por mucho tiempo. También contestarán con cartas, *Las Imposturas*, donde acumularán y repetirán acusaciones aburridas y necias: el autor no es más que un "calumniador", un "calvinista", un "ateo". Las citas de las obras de los jesuitas a que se refiere son falsas; etc. Hoy sabemos que esto no es cierto. Pascal mismo no pretende haber leído todas las obras mencionadas en sus cartas, pero afirma haber comprobado todos los textos citados, y los trabajos de estos cincuenta últimos años, confirman su afirmación. Pascal polemista es el hombre sincero y honesto; tanto en el campo religioso como en el científico, es su verdad la que defiende con la misma pasión y el mismo arte. Lo que le importa es tener la razón y vencer. Aquí el enemigo es fuerte, es la Compañía de Jesús y, detrás, los grandes que son sus penitentes, la Corte, el Rey, y ¡más allá Roma! La Inquisición, "esta plaga de la humanidad". Pero ¿qué le importa? "No tengo yo nada que temer, ¡los obispos sí!" Cuando le avisan de la condenación de las *Provinciales*, exclama: "Ad tuum Domine Jesu, Tribunal appello" . . .

Las tres primeras cartas salieron casi al mismo tiempo; es la misma inspiración la que las anima y son escritas según el mismo proceso artístico. Se trata de defender a Arnauld, ya condenado por cuestión de hecho, por haber sostenido que las proposiciones no estaban en el *Augustinus* y quien estaba a punto de serlo también por cuestión de derecho, por haber dicho que "San Pedro era un justo al que le hubiera faltado la gracia". (1)

El autor se presenta como un "honnête homme" poco instruido de teología. Trata de informarse de los motivos de la querrela para tener al día a un amigo de provincias. El amigo, en realidad, es el público mundano, cuya opinión importa mucho, y también el clero.

Para interesar a este público hay que presentar el tema en forma clara, agradable, viva. Del principio al final de estas cartas, el interés va creciendo, pero siempre volvemos a la idea central: "Mucha bulla por nada". Todos los términos técnicos son definidos por medio de comparaciones expresivas, pues es derecho de los fieles el entender su Religión.

(1) Los Jesuitas no podían tomar parte en el Consejo Universitario, por no enseñar en La Sorbona. Pero lograron convencer a los Dominicos, para asegurarse de la condenación de Arnauld, y así, en vez de dos delegados por cada cuatro órdenes mendicantes que participan en el Consejo, mandaron a cinco.

En su afán de comprender, el narrador corre del Doctor de La Sorbona al molinista, del molinista al jansenista, del jansenista a los "jacobinos" o "nuevos tomistas" y cada vez la argumentación va progresando. Aquí nos encontramos con una comparación inesperada, como esta definición del poder cercano: "Así que llegué le pedí me manifestase qué cosa era tener "poder cercano" para hacer algo. "Eso es fácil —respondió— es tener todo lo necesario para hacerlo, con tal que no falte nada". De esta suerte, añadí, ¿tener poder cercano para pasar un río es tener un barco, marineros, remos y lo demás, sin que falte nada?". "Así es", me contestó. "Y tener poder cercano es tener buena vista y estar en claro día, por que si alguno tuviera buena vista, y estuviera en tinieblas, no tendría poder cercano según vuestra opinión, porque le faltaría la luz, y sin la cual no se puede ver. "Discurres doctamente", repitió. "Y por consiguiente cuando vosotros decís que todos los justos tienen poder cercano para observar los mandamientos, es lo mismo que decir que tienen toda la gracia necesaria para cumplir con ellos, y que no les falta nada de parte de Dios". "Detente —me interrumpió— siempre tienen lo necesario para cumplir con ellos o, por lo menos, para pedirlo a Dios". Bien lo entiendo, contesté; esto es que tienen todo lo necesario para pedir a Dios que les asista, sin que sea precisa nueva gracia de Dios para orar. "Muy bien", dijo él. Luego, ¿no es necesario que tengan una gracia eficaz para orar? Respondíome que no, según la doctrina del Señor Le Moine . . . "

O bien, al terminar de una deducción impecable conclusiones como éstas: "La gracia suficiente no es suficiente". "No es la opinión de Arnauld la que es herética, es su persona".

Sin embargo, la ironía no impide una gravedad profunda. El tono se levanta para reprochar a los "Nuevos tomistas" el haber abandonado la antorcha transmitida por los Patriarcas hasta Santo Tomás.

A pesar de todo, Arnauld fue condenado, después de las tres primeras cartas, y la persecución empezó.

Fue en este ambiente como Pascal escribió la cuarta Carta, la cual tiene particular importancia en la obra. Puesto que ya no se puede defender, Pascal va a atacar directamente al enemigo, es decir a los jesuitas. También va a cambiar su táctica: es todo el problema de la gracia el que trata aquí; es toda una concepción del hombre la que nos propone.

El narrador, "honnête homme", visita a un jesuita, en compañía de un amigo jansenista que sabe teología, para conseguir una definición de la gracia actual, la que Dios manda para que pueda el hombre conocer el mal y evitarlo, según el jesuita. Mientras falte esa gracia no puede existir el pecado. Nada más divertido que ver al jesuita apoyar su tesis sobre los textos de los padres de su Compañía, los únicos valederos. Después de exclamaciones llenas de ironía viene una refutación precisa:

El "honnête homme" denuncia un absurdo lógico en los molinistas, es decir cuanto menos piensa uno en evitar el mal, o más peca, menos corre el riesgo de pecar. Denuncia también una contradicción con la realidad: no es cierto que los hombres siempre tengan remordimientos a consecuencia del mal que cometen. Y termina el panfleto por la refutación del jansenista: el molinismo es condenado tanto por la razón como por las Escrituras, pues si es cierto que una acción es mala toda vez que sea voluntaria, una acción puede ser voluntaria sin que se haya visto todo su contenido bueno o malo.

Además del interés teológico (acción de Dios en el hombre), la carta tiene un interés moral (responsabilidad del hombre) y un interés psicológico: opone dos conceptos de la personalidad. Para el jesuita, la esencia del hombre consiste en actos

transitorios, mientras que para el jansenista se identifica con el yo íntimo, corrompido, cuya perversidad no es siempre consciente.

Pese a la gravedad del tema, la conversación siempre se mantiene viva, agradable. Se ordena la discusión en torno a citas, de las cuales se saca progresivamente toda la sustancia. Pero lo más gracioso es por cierto el personaje del jesuita, verdadero héroe de comedia, natural y complejo, entregado ciegamente a los autores de su Compañía, hombre que ha abdicado su juicio propio para adoptar de una vez el de sus superiores.

Como lo anuncia Pascal al final de la Cuarta Carta, va a dedicar ahora sus panfletos a la propia moral de los jesuitas, pues era el punto más vulnerable de la Compañía, y el público tenía que apasionarse por ello. En cinco cartas, el autor va a desarrollar el tema de la casuística. El padre jesuita con quien conversa es un coleccionista incansable de "casos de conciencia". Tiene una admiración devota y ridícula por todas las soluciones que sus colegas han imaginado. Pascal utiliza la "Teología Moral" del Padre Escobar, donde están condensadas todas las decisiones de los moralistas de su Compañía: "Tenemos pues, máximas para todo género de persona, para los beneficiados, para los sacerdotes, para los religiosos; para los nobles, para los criados, para los ricos, para los negociantes, para los que hacen bancarrota, para los pobres, para las mujeres devotas, para las que no lo son, para los casados, para la gente disoluta. Finalmente, todo lo tiene prevenido nuestro cuidado". "Esto es, dije yo, que hay reglas para la clerecía, para la nobleza y para el pueblo. Pues pase Usted adelante que yo escucharé atento".

¿Cuál es la base de la casuística? Es la probabilidad. Para decidir si una acción es buena o mala, no hay que interrogar su conciencia, basta con consultar los autores graves, que son los de la Compañía de Jesús. Mientras uno de ellos sostiene una opinión, hay que considerarla como probable y seguirla, aunque otro sostenga otra opinión más probable. Para escoger entre varias opiniones hay que seguir su propio gusto o su interés.

También los jesuitas tienen otro método: la dirección de intención: una acción puede ser mala, pero al considerar su finalidad buena, es buena: se puede matar a alguien en duelo para defender su dinero o su honor.

Pascal multiplica los casos más variados, las soluciones más relajadas. No busca ahora tanto el rigor del razonamiento como la variedad. Y, para terminar con broche de oro, siempre se reserva un detalle típico, irónico, por ejemplo la enumeración burlesca de los casuístas de nombres raros y desconocidos por comparación a los grandes nombres de los Padres de la Iglesia que el jesuita parece desconocer: "Luego ¿toda esta caterva de escritores salieron al mundo después de fundada vuestra Compañía?" dije yo. "Casi, casi, me respondió". "Pues es lo mismo que decir que a la venida de los jesuitas desaparecieron San Agustín, San Crisóstomo, San Ambrosio, San Jerónimo y los demás doctores de la Iglesia, por lo que toca a la doctrina moral. Pero, por lo menos quisiera saber los nombres de los que sucedieron a estos santos. ¿Quiénes son estos autores modernos?" "Todos son hombres doctos y muy célebres, dijo el Padre. Escucha: Villalobos, Conink, Llamas, Achokier Dealkocen, Della Cruz, Vera Cruz, De Grassis, De Grassalis, De Pitigianis, De Graphaeis, Squilanti, Barcola, De Bobadilla, Simancha, Pérez de Lara, Aldretta, Lorca, De Scarcia, Quaranta, Scophra, Pedrezza, Cabrezza, Visbe, Díaz, De Clavasio, Villagut, Adan a Mauden, Iribarne, Biusfelz, Volfangi a Bolberg, Vostheri, Strevesdorf . . ." "¡Oh, Padre mío! díjele muy asombrado, ¿y todos estos fueron cristianos? Me respondió: ¿No te dije que solo por estos gobernábamos hoy la cristiandad?"

Es también la historia de Jean d'Alba, empleado del Colegio de los jesuitas de Clermont, quien, después de tranquilizarse la conciencia por la lectura del libro del Padre Bauny, completa su sueldo con los platos de estaño del Colegio . . . O la conclusión inesperada de la séptima carta sobre el homicidio. Después de la justificación de toda clase de homicidios, viene esta pregunta: "¿Pueden los jesuitas matar a los jansenistas?" —"¡No!" contesta el jesuita— "¿Y por qué?" —"Porque no perjudican nuestra fama . . ."

Con la carta once, Pascal abandona la ficción. Habla ahora en su propio nombre. El tono es más áspero, la indignación sustituye a la ironía. Faltos de argumentos, los jesuitas le acusan de burlarse de las cosas sagradas. Pascal no puede soportar esta calumnia, que le afecta tanto a él como a sus amigos de Port Royal:

"Comencemos por la forma indigna que vuestros autores emplean al hablar "de las cosas santas, ya sea en sus chacotas, ya en sus galanterías, ya en sus discursos "graves. ¿Os parece que los cuentos ridículos de vuestro Padre Binet en su *Consuelo "de enfermos* sean propios para el intento que se propuso de consolar cristiana- "mente a los que Dios aflige? ¿Diréis que el estilo profano y afeminado con que "vuestro Padre Le Moyne habla de la piedad en su *Devoción fácil* no sea más propio "para inducir a los lectores a que menosprecien la virtud cristiana que para inspirarles "la debida veneración? ¿Todo su libro de *Lecturas morales* ofrece algo más en su "prosa y en sus versos que un espíritu rebosante de la vanidad y locuras del mundo? "¿Es obra digna de un sacerdote aquella oda de su VII libro, titulado *Elogio del Pudor*, "donde se muestra que todo lo bello es ruboroso, o propenso a ruborizarse? Esto "hizo para consolar a una dama, que nombra Delfina, porque se ruborizaba con fre- "cuencia. Detalla en sus estrofas que algunas de las cosas más estimadas se sonrojan, "como las rosas, las granadas, la boca, la lengua, y entre tales galanterías vergonzosas "para un religioso, se atreve insolentemente a mezclar los espíritus bien aventurados "que asisten a la Majestad Divina, y de los que solo con mucha veneración deben "hablar los cristianos.

"Sin más que alas y cabeza  
los querubines gloriosos  
que Dios alumbra y enciende  
con su espíritu y sus ojos:  
arden en divino fuego  
como voladores rostros,  
y de abanico les valen  
sus alas de nieve y oro.  
Tu rubor hace de tí  
Delfina, mayor elogio  
al colorar tus mejillas,  
donde luce esplendoroso  
tu honor, como un rey, con manto  
de púrpura, sobre un trono."

"¿Qué decís a estos versos, padres míos? Esa preferencia del rubor de Delfina al ardor de los espíritus angélicos que solo tienen el de la caridad; la comparación de un abanico con las alas misteriosas de los ángeles, os parece muy cristiano puesta en labios que consagran diariamente el cuerpo adorado de Jesús Cristo? Bien sé que lo dice por mera galantería; pero esto sí que es burlarse de las cosas santas. ¿No es cierto que si se le hiciera la debida justicia, no se liberaría de una censura, por más que quisiera valerse de la razón que pone en su libro I y que no merece menos cen- sura?: "La Sorbona carece de jurisdicción en el Parnaso, y los errores que en aquel

país se cometen no están sujetos a las censuras ni a la Inquisición". ¡Cómo si estuviera solamente prohibido ser blasfemo e impío en prosa! Y aún cuando así fuera, no se libraría el siguiente pasaje del prólogo en el mismo libro: "El agua del río a cuya orilla compuse esos versos es tan inspiradora para los poetas, que aún cuando convirtieran en agua bendita no arrojará de su seno al demonio de la poesía . . ."

En estas cartas insiste mucho Pascal sobre el homicidio. Volverá sobre este tema en sus *Pensamientos*. Parece ser el punto más violento, más áspero de su polémica. "¿Tiene uno el derecho de matar?" —"Sí —responde Escobar— aún cuando fuera por una manzana, una bofetada, una maledicencia . . ." Es decir, que el peor criminal goza de todas las garantías ante un tribunal. Pascal nos describe al juez íntegro enseñándonos así su propio ideal: la responsabilidad más grave que tenga que tomar un hombre es la de condenar a otro a muerte. ¿No está claramente proclamado el derecho natural?

Esta obsesión le perseguirá en los *Pensamientos* cuando diga que ni el Estado ni la Iglesia son capaces de imponer la ley de Dios, ni siquiera el principio más sagrado: no matarás.

La violencia creciente de su acento se explica: los adversarios no han perdido su tiempo. Han logrado que la Asamblea del Clero elaborase un "Formulario" con vistas a la condenación de las cinco proposiciones, pero esta vez todos los eclesiásticos y religiosos, sin excepción, lo debían firmar. Era la señal de una persecución definitiva contra Port Royal.

No puede uno dejar de rendir un homenaje a un hombre luchando sólo para salvar a sus amigos de Port Royal. Pienso en otro gran polemista de nuestro siglo, el Charles Peguy del *Affaire Dreyffus*, y el defensor íntegro de Bergson; Peguy, cristiano también, y también como Pascal sólo contra el Estado, contra La Sorbona y la Iglesia. ¡Peguy, Pascal, dos hermanos de la misma raza!

En sus últimas cartas, trata Pascal de refutar todas las calumnias contra Port Royal. Las almas piadosas no pueden creer que hombres religiosos puedan hacer uso de la calumnia. Entonces hay que demostrarles lo que entienden los jesuitas por esta palabra: calumnia. Según ellos no puede ser más que un pecado venial, cuando se trata de defender su honor, y aún más cuando se trata del honor de la Compañía, el cual tienden a confundir con el honor de la Iglesia. He aquí por qué los Padres jesuitas se permiten atacar desde el púlpito la honradez o la fe de personas piadosas. Explica esto sus calumnias contra Jansenius, contra los "solitarios" y las monjas de Port Royal.

Para terminar, vuelve al problema de la gracia, pero de manera más grave y profunda. Dirige las dos últimas al Padre Annat, confesor del Rey.

¿Por qué Pascal dejó de repente de escribir sus panfletos, que el público esperaba con impaciencia? ¿Por qué, más bien, después de empezar la carta diez y nueve, no la terminó? Todas las explicaciones al respecto no son más que hipótesis. A Pascal no le importaba su éxito de escritor. Lo único que le importaba, lo repito, era vencer. Ya los panfletos no servían para ello. Triunfaba el enemigo. La persecución había comenzado. Y en esta carta inconclusa hay una frase, quizás la más conmovedora en todas *Las Provinciales* y que muestra la tragedia que Pascal ha vivido en aquel tiempo: "¡Qué tristeza para los discípulos de San Agustín encontrarse entre Dios y la Iglesia!". Encontrarse entre Dios y la Iglesia es también la tragedia de muchos cristianos de nuestro siglo.

Pero el polemista Pascal no deja caer las armas. No es un combatiente que se entrega. Compone los *Escritos sobre la Gracia*, *Los Escritos de los Curas de París*, en que, por su cuenta, ya que sus amigos de Port Royal lo han abandonado, vuelve a tratar ciertos problemas de las *Provinciales*. Tendría que evocar también si lo permitiera el tiempo su disputa con los "Solitarios" que se disponen a firmar el *Formulario*, tragedia que lleva a su hermana Jacqueline a la tumba. Y la última obra de Pascal, la cual escribe al umbral de la tumba: los *Pensamientos*, verdadero diálogo con el hombre. Dicen que es con un libertino. ¡Quizás! Prefiero creer yo que este otro con quien dialoga Pascal en el silencio, a quien tanto humilla, de quien tanto se burla, a quien tanto trata de convencer y de vencer es Pascal mismo. Y fue por cierto ésta la victoria más grande que el gran polemista haya ganado.